



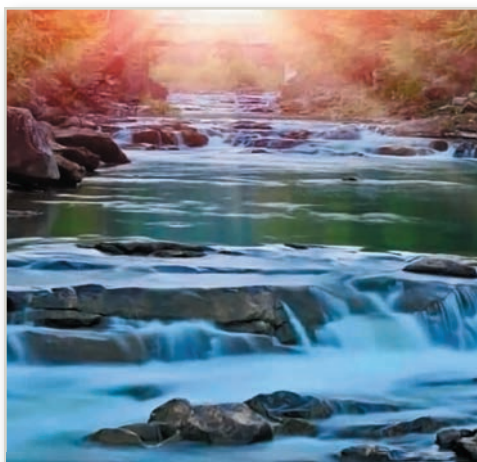
MARZO - 2026 - N°200

Adoradores

**Revista de espiritualidad,
información y promoción
Eucarística.**

Obstáculo del alma:

“...el pecado es frío y hielo de sepulcro, un obstáculo que impide al calor divino penetrar hasta nuestros corazones, no sea que nos despertemos del letargo.” Pag 8 y ss



Como fuente de agua viva:

Amor callado, silencio solemne del Sagrario cristiano... ¡Bienaventurados los que te entienden y se abisman en tus misterios! Pp. 16 a 18



Los niños y la Eucaristía:

La visita de un niño al Sagrario y la vida de Francisco Marto, el niño vidente de Fátima que solo quería consolar a Jesús Eucaristía. Pp. 19 a 21

ñStaff:

Director: pbro. lic. Mauro Carlorosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.



¡Hágase en mí según tu palabra!

Acogamos la Palabra de Dios en nuestro corazón, para responderle con amor y para amarnos los unos a los otros.

El relato de la Anunciación ilustra la extraordinaria cortesía de Dios. Él no impone su voluntad, no predetermina sencillamente el papel que María desempeñará en su plan para nuestra salvación: él busca primero su consentimiento. Obviamente, en la creación original Dios no podía pedir el consentimiento de sus criaturas, pero en esta nueva creación lo pide. María representa a toda la humanidad. Ella habla por todos nosotros cuando responde a la invitación del ángel. San Bernardo describe cómo toda la corte celestial estuvo esperando con ansiosa impaciencia su palabra de consentimiento gracias a la cual se consumó la unión nupcial entre Dios y la humanidad. La atención de todos los coros de los ángeles se redobló en ese momento, en el que tuvo lugar un diálogo que daría inicio a un nuevo y definitivo capítulo de la historia del mundo. María dijo: “Hágase en mí según tu palabra”. Y la Palabra de Dios se hizo carne.

Reflexionar sobre este misterio gozoso nos da esperanza, la esperanza segura de que Dios continuará penetrando en nuestra historia, actuando con poder creativo para realizar objetivos que serían imposibles para el cálculo humano. Esto nos impulsa a abrirnos a la acción transformadora del Espíritu Creador que nos renueva,



que nos hace uno con Él y nos llena de su vida. Nos invita, con exquisita cortesía, a consentir que él habite en nosotros, a acoger la Palabra de Dios en nuestro corazón, capacitándonos para responderle con amor y para amarnos los unos a los otros.

[...] Dirijámonos ahora a nuestro Padre celestial, que en este lugar miró la humildad de su esclava, y cantemos sus alabanzas en unión con la santísima Virgen María, con todos los coros de los ángeles y los santos, y con la Iglesia en el mundo entero. (Benedicto XVI)



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del

altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.



Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible, pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la

vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mí amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy
rendidas gracias por los
beneficios que me has dado.
Padre Celestial, te los
agradezco

por tu Santísimo Hijo Jesús.

Espíritu Santo que me
inspiras estos sentimientos,

a ti sea dado todo
honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias
sobre todo por haberme
redimido.

Por haberme hecho cristiano
mediante
el Bautismo, cuyas promesas
renuevo.

Por haberme dado por madre
a tu misma Madre.

Por haberme dado por
protector a san José,
tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel
de mi guarda.

Por haberme conservado
hasta ahora la vida para
hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte
y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición
antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo
de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a
amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte,
vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te
adore constantemente y lo hagas más agradable a tus
divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine



Obstáculo del alma

“...el pecado venial viene a ser ruina de la gracia actual, pues impide su actuación y la destruye”. Continuamos con las reflexiones de san Pedro Julián Eymard, que fortalecen al adorador.

La gracia es calor vivificante con el que Dios quiere mover nuestra voluntad, inclinándola suavemente a lo que nos pide; más el pecado es frío y hielo de sepulcro, un obstáculo que impide al calor divino penetrar hasta nuestros corazones, no sea que nos despertemos del letargo.

Tememos al amor

¡Es tan suave, poderoso y benéfico el calor que emana del santísimo Sacramento, donde se encuentra el foco del corazón vivo de Jesucristo! Pero el pecado hace que huyamos de él; huimos en cuanto sentimos que nos presenta nuestro Señor su corazón para ganarnos por medio de la ternura. Tenemos miedo de que nos diga que nos ama, porque entonces nos veríamos obligados a contestar, que también nosotros. Esto ya lo decimos con los labios, pero como de pasada; no quisiéramos que nos tomaran la palabra. Es así que cuando un enemigo se deja abrazar queda desarmado y pasa a ser amigo. Otro tanto sucedería con nosotros, pero nos atemorizan los deberes de la amistad.

Impide la gracia

La gracia es asimismo aquella acción con la que el Espíritu Santo renueva y

continúa en nosotros la vida de Jesucristo. Nos dice: toma esta gracia, haz este buen acto, este sacrificio. Trabajemos juntos: yo daré capital y medios y tú te llevarás el fruto y el mérito. El pecado nos impide aceptar esta amorosa propuesta y la rechazamos; el contrato de sociedad propuesto resulta imposible, porque nuestro Señor no puede juntar su acción con el pecado que le es diametralmente opuesto. De esta suerte el pecado venial viene a ser ruina de la gracia actual, pues impide su actuación y la destruye. Ata a Jesucristo a la puerta del alma. Va minando poquito a poco la gracia santificante y nos convierte en agua estancada que no es alimentada por ninguna fuente viva ni movida por ninguna corriente purificadora.

Destruye la gloria a Dios

El pecado venial destruye la gloria que debíamos dar a Dios con nuestras acciones. Dios es dueño y propietario de nuestra vida, y tan sólo inquilinos y servidores nosotros. Nos confía talentos que debemos hacer fructificar. Es obligación rigurosa para nosotros procurar su gloria en la tierra. Recuerden cómo fue castigado el siervo negligente que encerró su talento.

Pues por el pecado dejamos de reconocer por dueño a quien todo lo debe-



mos, suplantándole nosotros y obrando por nuestra cuenta. Porque ¿qué gloria se le sigue de acciones que sólo van inspiradas por el amor propio? El pecado destruye todo lo que podría elevarse hacia Él y glorificarle; destruye la gloria de Dios en las criaturas.

Tal es la guerra del pecado venial contra Dios y sus atributos.

Los apóstoles y el pecado venial

Pasando ahora a considerar los efectos que en nosotros produce, ¿qué cosa más triste es el pecado venial! Miren lo que hizo en los apóstoles. Por espacio de tres años viven con nuestro Señor, viéndole, oyéndole, gozando de sus milagros y explicaciones particulares e íntimas. ¿Aprovecharon acaso? Nada. Ni siquiera se corrigen de sus defectos, sino que siguen con su ambición, envidia y amor propio. ¿Y cuál es el obstáculo? El pecado venial. El Evangelio nota sus faltas y solo resultan veniales, son defectos leves. Miren, sin embargo, a lo que les conduce, mírenlos en el huerto de los olivos, miren a Pedro renegando de su Señor. También Judas vivió con nuestro Señor y sus infidelidades comenzaron por ligeras faltas de avaricia.

“...el pecado venial [...] va minando poquito a poco la gracia santificante y nos convierte en agua estancada que no es alimentada por ninguna fuente viva...”.

Despreciemos el pecado

Bien se puede vivir en la vocación más santa y pasar la vida entera junto al santísimo Sacramento sin ser por eso santo. Pues si no despreciamos el pecado venial nos estancamos y retrocedemos.

A falta de otra cosa tengamos por lo menos piedad de nuestro Señor; no le insultemos a la cara. No se despide con insultos a un pobre a quien no se puede dar nada, ni se contesta con groserías al bienhechor que se ha conducido liberalmente. ¡Y de qué beneficios no nos colma nuestro Señor!

Más todavía. El pecado venial que paraliza el poder de Dios, aumenta el del demonio y el de la corrompida naturaleza que gobierna, de suerte que obrando por natural instinto y amor propio, acertemos y quedemos satisfechos, pues la naturaleza es muy hábil cuando para sí trabaja. Mas, ¿qué hay para Dios en obras semejantes?



Solo con la gracia

De nada sirve hacer muchas obras buenas
si es para alimentar el amor propio.

Como el pecado venial anula el efecto de la gracia actual, cuanto hacemos se vuelve estéril. Dios nos ofrece su gracia, pero nosotros nos mostramos infieles negándonos a ella y rechazando su dirección para no depender más que de nosotros.

Solo la gracia lleva a Dios

Claro que no todos los actos de un hombre que obra naturalmente son pecados, y que sin la gracia sobrenatural se pueden hacer actos de virtud moralmente buenos y honestos, pero nada de eso sube a lo alto. Para que un acto suba hasta el trono de Dios y sea allí coronado, menester es que lo lleve la gracia, la cual solamente tiene fuerzas para saltar hasta la vida eterna.

Además de que, con ser así en teoría, sucede muy de otro modo en la práctica. Yo no creo en virtudes morales de quienes carecen de virtudes divinas. Quien por obrar naturalmente rehúsa la gracia que Dios le ofrece, obra perversamente. ¡Con cuánta mayor razón cabe decir esto de nosotros! No se baja de gracias tan insignes como las nuestras sin que todos los miembros queden molidos.

Sin gracia de nada sirve

De todos modos, quien obra bajo la in-

fluencia del pecado venial se priva de mérito. Es en balde que trabaje mucho, pues no ganará nada. Y no solamente no ganará nada, sino que será castigado por no haber hecho aquello que debía hacer por tener gracia para ello. De este modo las buenas obras se convierten en nuestra condenación, porque todo aquello a que se extiende el pecado venial es inútil. El pecado es como el gusano que roe la raíz.

El amor propio

Lo que habíamos comenzado bien con la gracia se vuelve inútil para la recompensa en cuanto se apodera del amor propio. Así que el pecado venial vuelve malas las obras buenas y está esperándolas para al fin perderlas, contrándonos nosotros entonces en condiciones análogas a las del labrador que en un abrir y cerrar de ojos ve perdido el fruto de un año de trabajo. Un 'pecadito' de amor propio, de mira personal, basta para viciarlo todo.

Causa de desdichas

Finalmente, el pecado venial es causa de desdichas. El tibio es el más desdichado de los hombres. Trabaja como los demás, pero no recibe los consuelos celestiales que a ellos tanto aligeran el trabajo, por negarse a ello. Dios no puede darle su paz y su un-



“¡Qué caro se paga el pecado venial! Penetra halagando y queda mordiendo.
Es un hormiguero que roe el corazón”.

ción para que las paladee porque tropieza con ese obstáculo del pecado, barrera infranqueable para su bondad.

Se paga caro

¡Qué caro se paga el pecado venial! Penetra halagando y queda mordiendo. Es un hormiguero que roe el corazón. Ni se experimenta ya placer ni gozo en la oración, pues no se puede ver a Dios. ¿No lo sabéis por experiencia?

Levantémonos enseguida

Amemos a nuestro Señor por lo menos tanto como para no ofenderle y, sobre todo, no quedemos en el pecado, sino levantémonos en seguida con el amor y la penitencia si hemos tenido la desgracia de cometerlo.

Multitud de pecados

¡Qué pena causamos a Dios! No sería difícil hacer la suma de los pecados veniales que se cometen durante el día: ¡el total los aterrará! ¿Pues qué sería si su-

maran todos los que han cometido en toda su vida? Un minuto basta para pecar y los pecados interiores requieren menos tiempo todavía. ¡Son realmente incalculables nuestros pecados veniales!

Conocer y cometer

Créese que uno no es responsable sino de los que conoce; debe decirse de los que comete, lo cual ya no es lo mismo, porque conocer y cometer son dos cosas.

Daremos cuentas de todo

Nuestro Señor dijo que tendremos que dar cuenta hasta de una palabra ociosa o inútil. Si una inutilidad es motivo de juicio, imaginen si serán los pecados de pereza, sensualidad y amor propio que han cometido. ¡Preciso será, sin embargo, reconocerlos en el Purgatorio y expiarlos hasta el último! Seamos, por tanto, muy delicados ante las menores faltas, sobre todas las cosas que tocan a la conciencia.



Expiación del pecado

Jesucristo durante su Pasión, ante todo se dejó humillar, para así reparar por el terrible pecado del orgullo.

Meditemos sobre la manera cómo Jesucristo expió el pecado: en esta meditación hallaremos las ideas genuinas de reparación y de penitencia y comprenderemos toda la malicia del pecado.

El mal del pecado

“Después de todo, ¿qué mal hace a Dios el pecado?”, dicen algunos. Porque no destruye ni alcanza en realidad a la esencia de Dios, ni quita el menor átomo a su felicidad. ¿Qué pueden enanos contra gigantes? Así discurre el mundo y también más o menos las almas piadosas para excusar sus pecados. Pues véase ahora la contestación: Queriendo que viéramos lo que es el pecado, Dios nos dio a su propio Hijo para pagar rigurosamente la deuda y expiar de modo que la expiación igualara a la ofensa. Es así, que el pecado merece todo lo que Jesucristo sufrió, pues Dios no hizo otra cosa que satisfacer todas las exigencias de su justicia al condenarle a aquella terrible pasión y muerte en el calvario.

Un Jesús crucificado

Vino Jesús y cargó con nuestros pecados, respondiendo de ellos, y en lugar nuestro sufrió lo que nosotros hubiéramos debido sufrir. Si quieren, pues,

comprender la grandeza del mal, estudien la grandeza de la reparación. El pecado equivale a Jesucristo crucificado.

El orgullo

Y como todos los pecados nacen de sus tres fuentes, que son: orgullo, avaricia y concupiscencia de la carne, veamos cómo ha expiado Jesucristo este triple mal.

Jesús cargó sobre sí toda suerte de humillaciones para reparar el orgullo. Se humilló el Verbo hasta tomar la forma de esclavo. Vino para ser anónimo y toda su vida no es sino larga humillación terminada con el oprobio del calvario.

Se humilla al nacer

Vean cómo se humilla al nacer. Se disfruta enalteciendo el propio nacimiento y la nobleza de origen. ¡Con cuánto agrado habla uno del castillo en que vio la luz! Pues para confundir este orgullo de casta, Jesús nace en un establo.

La poca fama de Nazaret

También se habla a gusto de la educación recibida y de los célebres maestros tenidos. Jesús huye a Egipto, y luego vuelve a Nazaret, lugar de tan poca fama, que un hombre honrado pudo de-



ADORADORES

cir de ella: ¿Puede salir algo bueno de Nazaret? (Jn 1, 46). A los ojos del mundo, uno de Nazaret no valía nada. ¡Cuánto agrada decir: Mi país es muy hermoso; soy de una ciudad muy grande, de una comarca rica! Mientras que Jesucristo dijo que era de Nazaret, aun cuando en realidad fuese de la ciudad de Judá. Se diría que tenía afición predominante a la humillación. Su orgullo era verse anonadado en todo.

No quiso ser un sabio

Se habla de los felices éxitos que se han obtenido en los estudios. ¡Gusta tanto ser tenido por sabio! ¡Y decir que siendo Jesús el Verbo de Dios y sabiéndolo todo, calla por espacio de treinta años! ¡Y decir que fue considerado como artesano, ignorante y carpintero! Más tarde realizará obras admirables, pero ordenando que queden ocultas y que no se hable de ellas. En cuanto se le quiere ensalzar por ellas, huye al desierto.

Sin relaciones por interés

Satisface el hablar de las relaciones con los grandes y poderosos, diciendo: Fulano, hombre tan ilustre, es amigo mío; me conoce y recibe, haciendo así de los amigos escala para subir.

Nuestro Señor no es conocido de los grandes y no conoce a nadie que tenga mucha influencia. Antes, al contrario, los ricos y poderosos son enemigos suyos, porque Él es pobre y galileo. Gentes pobres, ignorantes y de costumbres groseras le rodean. Los pobres y la plebe son los que de ordinario le siguen y



“¡Con cuánto agrado habla uno del castillo en que vio la luz! Pues para confundir este orgullo de casta, Jesús nace en un establo”.

oyen, y si también van los demás en pos de Él, es para ‘investigarlo’. Cuando alguno de los grandes le cobra cariño, lo calla y sólo de noche acude a Él, cual si fuera cosa vergonzosa tratarle.

En la Pasión

Así es cómo nuestro Señor repara el orgullo durante su vida. Mas ¿qué diremos de las humillaciones de la Pasión? No daré detalles: ya los saben, pero seguidle por las casas de Caifás, Herodes y Pilatos y vean lo que cuesta el orgullo. Mírenle en la cruz entre dos ladrones, maldiciéndole todos, y no sin alguna razón, ya que quiso pasar por culpable. Y como la justicia de su pueblo le había condenado, cuantos le veían en la cruz decían: ¡Maldito el que pende de la cruz!



Humilde reparación

Del orgullo brotan todos los pecados, cuando el hombre al amarse a sí mismo, desprecia a Dios.



“quiten la sucia agua del orgullo y habrán secado la fuente de los pecados”.

Hasta tal punto abrazó nuestro Señor la humildad, la amó e hizo suya, que es la cosa de que más se gloría y que más desea vean en Él: “Aprendan de mí, porque... soy humilde de corazón” (Mt 11, 29).

El orgullo lo crucificó

He ahí lo que ha costado el orgullo, lo que ha tenido que exigir el Padre a su Hijo para satisfacción de su justicia y restablecimiento de los derechos de su Majestad conculcados por el pecado. ¿Dirán ahora que el pecado es indiferente para Dios? Cuantas veces cometemos un pecado de orgullo, renovamos todas las humillaciones de nuestro Señor.

Fuente de pecados

Nuestro fondo es orgullo y de él nacen directa o indirectamente todos los pecados: quiten la sucia agua del orgullo y habrán secado la fuente de los pecados. La misma lujuria no es la más de las veces otra cosa que castigo del orgullo, pues como dice san Pablo, Dios abandonó a los que siguen a su orgullo a los necios deseos de la carne. El avaro no lo es más que por orgullo: el egoísmo viene a ser para él la última palabra. Su norma es: Yo, aunque sea con daño de todos, yo, como fin de todo.

Todos los pecados guardan parentesco con el orgullo y puede demostrarse cómo descienden de él. Por lo



ADORADORES

cual lo expió Jesucristo más que otro alguno, queriendo sobre todas las cosas ser humillado en todo y siempre.

El orgullo espiritual

Hay con todo, una clase de orgullo más dañino que debe evitarse con especial cuidado: es el orgullo espiritual, que consiste en gloriarse de las gracias de Dios, haciéndose fin de los dones sobrenaturales y coronándose con sus beneficios, un orgullo que nace de la nobleza de la vocación, del sacerdocio, por el cual quiere uno elevarse a los ojos de los demás hombres, fundándose en sus prerrogativas, ganándose con ellas estima y confianza humanas. Es el orgullo que tuvo Lucifer en el cielo, el peor de todos, orgullo sacrílego por cierto.

El más sutil y duradero

El orgullo espiritual es, por otra parte, el más sutil y duradero. Porque cuando el orgullo se funda en alguna prenda natural, como la fortuna o la ciencia, no dura mucho, pues no se tarda en encontrar otro más rico y sabio. Mas en este otro orgullo satánico, ¿quién puede ver claro lo que hay en el fondo? Lo que exteriormente se trasluce de sus vidas confirma el creer de las gentes. El mundo se fija en sus gracias, en el puesto que ocupan en el santuario, e ignora lo indignos que son en el fondo, con lo cual el orgullo sigue arraigándose más y más. Es éste un robo sacrílego, por el que uno hurta los dones divinos, arrebatando el amor de las almas al único que lo merece, Dios,

y sirviéndose para sí de su gracia, de sus funciones, de los dones sublimes de que le hiciera ministro.

Creemos merecernos

En virtud de este orgullo quiere uno ser estimado de los hombres a causa de la dignidad recibida de Dios, igual que si la hubiese merecido y fuese propia como justa recompensa de sus merecimientos. De esta manera nos hacemos un trono con dones gratuitos que Dios nos ha confiado tan sólo para hacerlos fructificar para Él y comunicarlos a la familia cristiana, y nos sentamos en él para ser honrados en lugar de Dios, a quien expulsamos.

Peor que los demonios

Yo les digo que este orgullo sacrílego es peor que el de Lucifer y sus ángeles en el cielo, pues ellos al menos no habían visto a Jesús sacramentado. Nosotros tenemos orgullo incluso si estamos en presencia de nuestro Señor anonadado y humillado hasta excesos inauditos, llegando a elevarnos valiéndonos como de escala de las mismísimas humillaciones de Jesucristo. Por esto yo estoy convencido de que todos los castigos que Dios envía a sus elegidos, son para castigar este linaje de abominable orgullo, pues hay aquí un fondo de verdad y apariencias tan engañosas que sólo Dios puede castigarlas. Miren, por tanto, las caídas, miren los abismos a que ruedan los que a sí mismos se han propuesto como fin y recompensa coronándose con esos dones y apropiándose el culto de las almas.



Fuente de agua viva

Jesús sigue viviendo en el Sagrario: escuchando a todos y todo.

¡El Corazón de Jesús está vivo en el Sagrario! ¿Quieres explicarme cómo, siendo esto tan verdad, todavía en la tierra hay ojos que lloran, corazones que se agitan y almas que se turban?

Sufrimiento

Señor, me dicen amigos pesimistas, que nunca faltan, que me queda que sufrir mucho. Me han entristecido con sus sombríos augurios. Pero me he vuelto a poner contento cuando he pensado que mis amigos no me han dicho toda la verdad. No me han mencionado el Sagrario que también tendré en esos días. Y me he dicho: ¿Sufrir con Sagrario, con el Santísimo presente, es sufrir?

Fuentes de aguas vivas

Como a la economía amorosa de la Providencia de distribuir las aguas por toda la superficie de la tierra, corresponde ésta con la producción y multiplicación de la vida vegetal y animal, así en torno de cada Sagrario, verdadera fuente de aguas vivas, debe producirse y multiplicarse la vida sobrenatural.

“... en torno de cada Sagrario, verdadera fuente de aguas vivas, debe producirse y multiplicarse la vida sobrenatural”.

El Sagrario no está limitado por las cuatro tablas que lo forman, ni aún por los muros que lo cobijan. El Sagrario señalará el límite de las especies sacramentales, pero no la virtud que debajo de ellas constantemente brota.

Yo miro al Sagrado Corazón de Jesús en el Sagrario como un sol que irradia luz, calor y vida del cielo en torno suyo en una gran extensión; como un manantial de agua medicinal siempre corriente en muchas direcciones; como un deleitoso jardín esparciendo siempre sus aromas exquisitos.





ADORADORES

Que se enteren mis enemigos

Sépanlo, demonios que quieren perderme, tentaciones que tratan de son-sacarme, enfermedades que ponen tristezas en mi vida, contrariedades, ingraticudes, desengaños que arrancan lágrimas a mis ojos y gotas de sangre a mi corazón, pecados que me atormentan con sus remordimientos, sepan, que el Fuerte, el Magnífico, el Suave, el Vencedor, el buenísimo Corazón de Jesús está allí en el Sagrario mío.

Dulzura de la tierra

¿Verdad que es muy dulce tener en la tierra al Corazón de Jesús
en el Sagrario, siempre mirándonos, amándonos e invitándonos a refugiarnos entre sus brazos como en

los de una madre? Pues tan dulce es como verdadero...

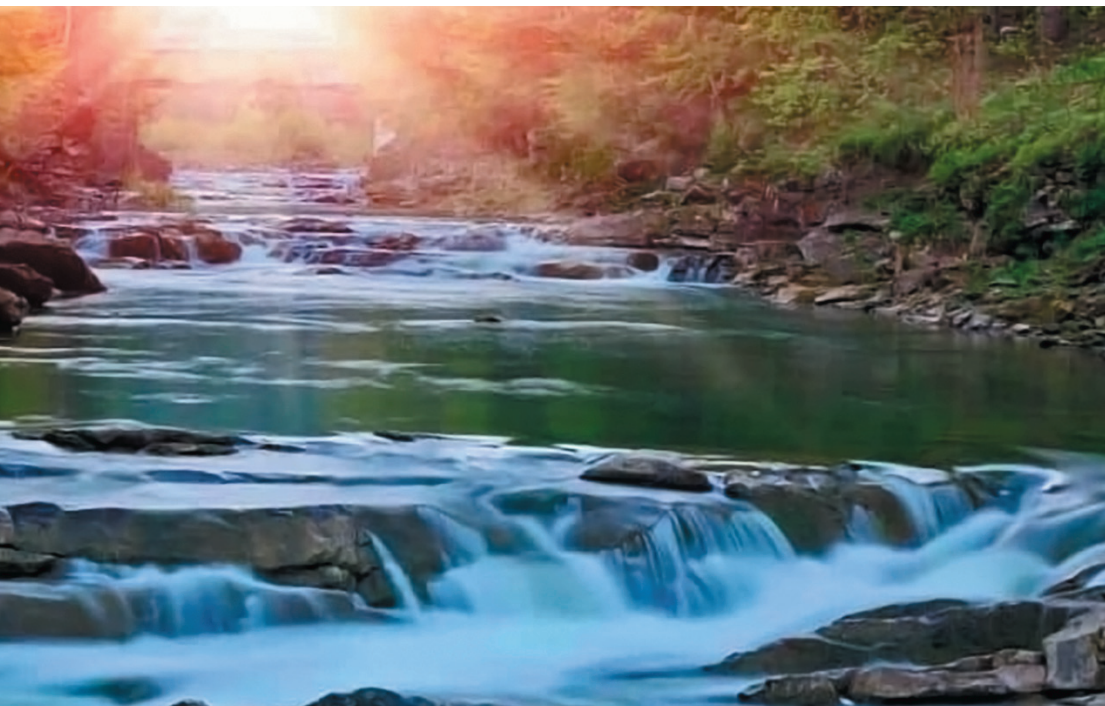
Las lamparitas

¡Caridad y humildad! Estas son las dos lámparas con las que quiere estar perpetuamente alumbrado en sus Tabernáculos, el Jesús de la Hostia callada.

Amor callado, silencio solemne del Sagrario cristiano ¡cuánto haces y enseñas! ¡Bienaventurados los que te entienden y se abisman en tus misterios!

Frutos del silencio

Una hora de silencio de Jesús en el Sagrario, ¡sólo una hora!, me enseña más la paciencia y la humildad, que todos los discursos y libros de los sabios y de los santos en todos los siglos.





ADORADORES

Calla lengua mía, sentidos míos y potencias mías, callen pasiones de mi carne y nervios de mi cuerpo; callen recuerdos del pasado y ambiciones y deseos de lo por venir, callen que voy a mi Sagrario a escuchar la voz dulce que no habla más que a las almas en silencio...

Lo es todo

La Eucaristía Misa, Comunión y Presencia real, es todo el cristianismo, es el principio, fin y razón de ser de sus dogmas, de sus sacrificios y de sus virtudes, de sus bellezas y de sus milagros.

El amor de Jesús a los hombres no se ha saciado con darles su vida mortal, le sugiere la Eucaristía, traza divinamente ingeniosa de vivir siempre sin morir, junto a sus hijos los hombres.

Jesús está allí

La puerta del Sagrario más que por la llave de metal que le hizo el hombre, está cerrada por la palabra siempre que grabó el Amor allí encerrado e inmolado.

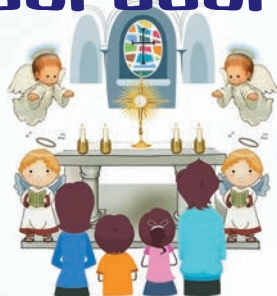
Si en la tierra todavía se respiran aires de pureza y perfumes de virtudes y se calientan las almas con fuegos de amores santos, es porque no dejan de sembrarse Hostias consagradas.

*San Manuel González/
Adaptación*



Voy a mi Sagrario a escuchar la voz dulce que no habla más que a las almas en silencio...

Chicos Adoradores



Hola chicos, ¿cómo están? seguro contentos porque ya comienzan las clases... en esta edición los invitamos a hacer una visita a Jesús Sacramentado en el Sagrario. Puedes hacerlo con tu familia, amigos catequistas o tú solo.

¡Queremos consolar a Jesús!

Cuando entres en la Iglesia, no olvides de hacer la genuflexión, y al estar frente al Sagrario, donde están las lucécitas encendidas, porque allí está Jesús. “Dirás, ¡pero si yo no lo veo!”... recuerda que Él está en la Eucaristía, en la hostia consagrada que se guarda en el Sagrario. Aunque no lo veamos, está allí esperando para abrazarnos y que le contemos nuestras cosas. ¿Qué puedes decirle? Veamos lo que sigue:



Fuga de palabras

Completa las siguientes frases, con las palabras sueltas de abajo; luego elige cinco frases para decirle a Jesús, frente al Sagrario:

- Muchos no te pero yo te quiero muchísimo.
- Tú has dado la por mí salvación, toma ahora la mía.
- Jesús mío, quiero
- Señor, , ven a mi corazón.
- Jesús, te quiero
- Mi querido, todos se fueron y te pero yo no quiero solo.
- Tú dijiste: “..... que los niñosa Mí”, y aquí Jesús.
- Nadie me quiere como, no mi querido Jesús.

Palabras para ubicar: Dejad-me dejes-Tú-abandonaron-mucho-te necesito-consolarte-vida-Jesús-quieren-niños-dejarte-vengan-estoy.



Y le damos gracias



Ahora le agradecemos a Jesús por todo lo que nos da:

Gracias te damos, Jesús, porque nos diste la vida.

Porque hay templos y capillas donde podemos ir a orar.

Porque nuestros padres nos aman y nos cuidan.

Porque nos diste hermanos y amigos.

Por nuestros abuelos, tíos y primos.

Porque cuando el día está lindo, podemos ir a jugar y salir a pasear.

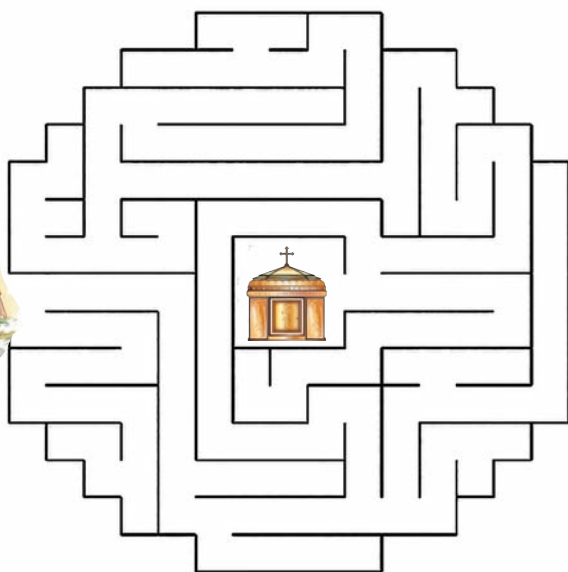
Porque soy sano, y puedo correr, andar en bicicleta, puedo jugar.

Porque puedo ir a la escuela y aprender cosas nuevas.

Puedes agregar lo que quieras agradecer, y que no esté escrito aquí.

Buscando el Sagrario...

José y sus hermanos salieron de la escuela y, antes de ir a casa, quieren ir hasta el Sagrario a rezar, pero no lo encuentran. ¿Los ayudas marcándoles el camino que deben recorrer?



Para rezar antes de retirarnos del Sagrario

Creo, Dios mío,
que Tú estás aquí y
que me amas y escu-
chas mi oración.

Tú eres grande y
santo, yo te adoro.

Tú, Señor, me has
dado todo, y yo te doy
gracias.

Señor, sé que te he
ofendido por portarme
mal, por eso te pido per-
dón de todo corazón.

Tú eres muy bueno,
yo te pido que me
ayudes siempre para
que yo sea cada día
mejor. Amén.

Piensa y responde

.-¿Vas al Sagrario a visitar a Cristo Eucaristía?

.- ¿Cuántas veces? .-¿Con quién vas? .-¿Qué le rezas?

Quería morir para ir al Cielo



Francisco uno de los tres niños videntes de la Virgen de Fátima, se destacó en su amor a Jesús en la Eucaristía y sólo quería consolar a Dios, por tantas ofensas.



Te contamos brevemente sobre la vida de uno de los tres pastorcitos de Fátima, a quienes se les apareció la Virgen en 1917. Los niños se llamaban Lucía, Jacinta y Francisco Marto.

Luego de las visiones que tuvieron de la Santísima Virgen, ellos continuaron con sus actividades diarias, y siempre que pasaban por la Iglesia, saludaban a Jesús Eucaristía. Pero el niño quedó tan maravillado con lo que vio, que quería ofrecer su vida para aliviar al Señor, a quien el había visto tan triste, tan ofendido, y sentía un deseo muy grande por ir al cielo. Porque así podría siempre consolar a Dios.

Les decía: “Vayan ustedes a la escuela, yo me quedaré aquí con “Jesús Escon-

dido”, Jesús escondido en la Eucaristía. Y al salir de la escuela, las niñas lo encontraban en una actitud de recogimiento, y lo más cerca posible del Sagrario.

Su lugar favorito para orar era junto al altar para estar físicamente cerca de Jesús en el Santísimo Sacramento.

En una ocasión, Lucía le preguntó: “Francisquito, qué prefieres: ¿consolar al Señor o convertir a los pecadores?”, y él respondió: “Prefiero consolar al Señor”. Y decía “¿No vieron lo triste que estaba Nuestra Señora cuando nos dijo que los hombres no deben ofender más al Señor, quien ya está tan ofendido?...” “Luego estaré en el Cielo. Y cuando llegue, voy a consolar mucho a Nuestro Señor y a Nuestra Señora”, agregaba.

En octubre de 1918, se enfermó de neumonía y en abril de 1919 se confesó y recibió la Comunión por última vez, y a los días murió, con sólo once años de edad.



Piensa y responde

Luego de leer la vida del pastorcito de Fátima, qué es lo que más te llamó la atención? ¿Por qué?

¿Porqué quería estar siempre con Jesús Eucaristía?

¿Qué es una ofensa?

¿Cómo ofendemos a Dios? Da ejemplos.

¿Cómo podemos consolar al Señor? ¿Qué cosas podemos hacer?

